


W. B. Yeats y el resurgimiento irlandés

ON razón se jactaba Horacio de haber levantado con sus poesías líricas un monumento más firme que el bronce. El palacio de gloria que los poetas líricos consiguen erigir es, a no dudarlo, la construcción más sólida de la arquitectura literaria: como quiera que no está destinado a ningún uso práctico, escapa a las vicisitudes de la moda y apoyado como está en la inmutable roca del común sentir de la humanidad, único apoyo por cierto, no teme a los derrumbes producidos por la infiltración de las diversas filosofías y al peligro de las mutaciones históricas.

El monumento de la fama del Tasso, por ejemplo, tan profusamente adornado de lámparas refulgentes, está en ruinas; y si algún raro peregrino se aventura a acercarse al monumento, puede tenerse la seguridad de que no lleva en su cartapacio una vela que ofrendar sino un lápiz y un álbum con el objeto de copiar algún exquisito detalle de ornamentación, que se descubra entre las yerbas y malezas del recinto, que todo lo invaden.

Y el desordenado palacio construido por Hugo, que semeja mitad una estación para las «estridentes locomotoras», mitad catedral gótica adornada tan sólo con monstruos y ángeles, pero sin ninguna imagen divina ni humana, después de haber dado hospitalidad a tantos ágapes democráticos y reuniones laicas, tiene ya, aun siendo de reciente construcción, más de un vidrio roto y más de un trozo de estuco descostrado.

En cambio allá arriba, en la cima de los picachos a donde no llegan los camiones ni los autos, los templos desnudos, pu-

lidos y cerrados de la gloria de Petrarca y Baudelaire, de Yeats y Leopardi, permanecen intactos en su belleza solitaria.

Sin embargo, la duradera gloria de los grandes líricos no deja de tener sus desventajas: lo que gana en el tiempo lo pierde en el espacio: ligada con excesiva musicalidad a la lengua materna para soportar impunemente la brutalidad de las traducciones, la poesía, que alcanza todo su valor en una perfecta expresión, raras veces consigue atravesar el cerco de lectores a los que esa misma expresión es familiar; y aunque con el correr de los tiempos, aquellos poetas, a través de los pocos que los conocen, concluyan por influenciar hasta la literatura extranjera, se verifica en ellos la paradoja de tener más imitadores que conocedores directos. ¿Cuántos hay en Italia, aun entre los que mejor conocen a los grandes novelistas rusos, que sepan que Rusia tiene poetas como Lermontoff y Nekrassoff dotados de la misma intensidad espiritual de Dostoyevski y de Tolstoy? Y en el exterior el gran poeta de las *Loas* solamente es conocido como autor del *Fuego* y del *Placer*.

A este obstáculo desesperante de comprensión se debe precisamente que ni siquiera la concesión del premio Nobel haya dado a conocer la obra de William Butler Yeats, y que su nombre, nombre no menos glorioso que los de un d'Annunzio o un Anatole France, sea todavía desconocido.

Al leer los pobres comentarios que los diarios italianos dedicaron a la obra de Yeats cuando se le otorgó el premio Nobel, el público adquirió evidentemente la impresión de que también entonces había querido el cónclave nórdico, tan lejano y tan hermético, premiar cualquier desconocida virtud familiar sin tomar en cuenta tantos nobles artistas que hasta ahora se afanan por adornar los andrajos de esta pobre y vieja Europa.

Pero es lo cierto que por esta vez se había otorgado el premio Nobel a quien efectivamente lo merecía; y como este raro fenómeno no ha ocurrido más que tres o cuatro veces desde que existe la fundación, habría sido humano y caritativo por parte del solemne jurado sueco darlo a conocer. Tanto más, cuanto que por una feliz coincidencia o por una insospe-

chada sensibilidad de los jueces, venía el premio a honrar en la persona de un altísimo poeta, a una antiquísima raza que de pocos meses a la fecha ha reconquistado su dignidad de nación después de siglos de sangre y de horrores indecibles.

El irlandés Yeats recibía lo que hubiera debido ser la consagración de una fama mundial en los mismos momentos en que podía sentarse por fin en el Senado libre de un Estado irlandés libre; símbolo, puede decirse, de aquella antigua verdad demasiado desconocida en nuestros tiempos, que sólo puede alcanzarse una real y duradera universalidad con la profundización y casi diríamos con la exasperación de la propia nacionalidad.

Pocas veces, en efecto, ha sabido un poeta ser la encarnación de una raza como ha sabido Yeats ser la expresión del alma celta tan atormentada. Y pocas fisonomías nacionales hay tan claramente perfiladas como aquella. Perseguidos por cientos de invasores, corroídos por un desequilibrio íntimo que a veces neutralizó la acción de su ingenio y de su arrojo, estos centinelas avanzados de las valientes tribus célticas se redujeron a ocupar únicamente las regiones del extremo occidente de Europa, las tierras amenazadas y convulsionadas del océano, regiones que la pobreza del suelo hacía a un mismo tiempo temibles y poco cercadas de enemigos.

La atmósfera de nieblas, de espuma de mar y del humo denso despedido por el fuego de la turba, ha formado en cuantos la respiran un alma en la que se ha mezclado una viril melancolía con las múltiples virtudes de los pueblos pobres; y del impetu batallador de los ascendientes gálicos y de su placer guerrero han heredado los celtas modernos rasgos frenéticos de violencia y ese espíritu irreductible y mordaz que con Swift, Bernard Shaw y James Joyce ha manejado la sátira más despreocupada de que hay memoria en la literatura.

Y la compenetración del alma de la raza y de los lugares en que vive se ha hecho de tal modo perfecta, que, para un observador apasionado, las campiñas perfumadas por el melancólico enebro de Bretaña y del Munster, las escolleras eterna-

mente agitadas del condado de Connaught y del Finisterre, la costa de Cornwalles poblada de prodigios, los lagos espectrales de Escocia y de Irlanda, todo, los bosques, los prados donde parecen descubrirse las huellas de las hadas, los rayos violentos de luz que de repente rasgan los cielos encapotados y plomizos, las nieblas que por todas partes velan el paisaje prolongándolo hasta el infinito, más que causas parecen proyecciones de aquellos espíritus singulares.

No hay héroes más fascinadores que estos de los que los celtas han hecho la encarnación de su ideal, ya sean héroes mitológicos como Tristán e Isolda, Macbeth y el rey Arthur, Catalina y Deirdre la Dolorosa, o históricos como Wallace y Monterose, Chalte y O'Connell, que ya en vida se vieron envueltos en una aureola legendaria.

Esta raza es la única que hasta tiempos relativamente modernos ha permanecido ignorada y escondida hasta el punto de dar origen a un mito.

Hasta una época reciente la vida social en Irlanda fué semejante a la vida de los tiempos homéricos. Aquellos caudillos gaélicos que el cultísimo Leicester encontró en la Isla Verde, a quienes Spenser y Phillip Sidney combatieron y trataron de gobernar, y a los que los tres describieron con elegante tolerancia de humanistas, vivían en realidad la vida patriarcal del rey de Argos y de Itaca. Y tal vez sea este un buen argumento para explicar cuán equivocada es la opinión de los que pretenden que el Renacimiento no es más que un simple retroceso a la cultura clásica: el día en que los fervientes lectores y admiradores de Horacio se pusieron en contacto con los Ayaces auténticos, se asustaron y se rieron de ellos. Vivían aquellos jefes en toscos palacios de ramas y barro, gobernaban un pueblo compuesto más que de súbditos, de parientes; la fuerza física conquistaba y conservaba el cetro, y una piara de cerdos era una riqueza envidiable. El cristianismo, predicado pronto y con gloria, fué abandonado pronto y sin violencia: eran todavía demasiado vivas las voces de las antiguas divinidades a las orillas de los pálidos lagos, entre el lloriqueo incesante de la lluvia;

en medio de aquel ambiente brutal la religión de mansedumbre despertaba sospechas; y los padres pretendían que se excluyese del bautismo el brazo derecho de los hijos para que pudiesen siempre asestar golpes inhumanos. Y cuando volvió de nuevo la religión de Cristo, no desaparecieron los númenes venerados sino que se transformaron en hadas y en genios, en los omnipresentes *Sidhas* gaélicos, y continuaron turbando los corazones y recibiendo culto doméstico y ofrendas. Los conventos que San Columbano había fundado en los más ásperos rincones de la isla, se transformaron muchas veces en congregaciones de alucinados, de fervientes buscadores de prodigios que empleaban el latín místico para ensalzar a los Dioses desposeídos.

Siempre ocuparon los poetas un puesto eminente en aquella tribu; se sentaban a la mesa del rey, eran jueces e inspiradores y custodiaban con una lealtad sin precedentes el patrimonio espiritual de la raza. Fué de tal modo primitiva aquella sociedad, que no cambió con los siglos; conquistó la inmovilidad de las rocas y de los bosques; las figuras de Costello y de Dermot, por ejemplo, presentan tal primordialidad de líneas que es preciso hacer un esfuerzo para convencerse que son contemporáneos de nuestros Médicis y de los últimos Plantagenet.

Y cuando se efectuó la conquista inglesa, cuando los colonos sajones desembarcaron en tropel, armados con sus mosquetes, su Biblia y su inflexible voluntad, los irlandeses, más que los otros celtas, alejados del movimiento mundial, no pudieron comprender, ni siquiera en una mínima parte, las ventajas del nuevo régimen. Y la ciega incomprensión recíproca impidió toda colaboración; en el recuerdo irlandés el magnífico Cromwell sólo se perpetúa en la estampa famosa, sumamente común en Irlanda, que lo representa con su lanza brutal, hollando con su planta el cuerpo de la mujer ultrajada, de Drogheda. Inglaterra que con tanta habilidad supo asimilarse, sin anularlo, el espíritu celta de Gales y de Escocia, no tuvo un solo momento de política feliz en Irlanda: sólo rigores implacables, que se alternaron con despiadados abandonos y con debilidades inoportu-

nas; la asimilación exterior fué completa; no se perdió ni un solo átomo del espíritu céltico.

Y aquí se produjo la paradoja única de un pueblo cuya unidad ha quedado solamente en lo espiritual, pero que ha perdido de esta espiritualidad hasta la forma primordial: la lengua. Con excepción de unos pocos millares, todos los millones de irlandeses olvidaron su idioma, adoptaron el de los invasores y hasta llegaron en él a ser artistas excelentes. Y hubo que empezar la fatigosa reconstrucción de la patria con ingenios extranjeros. Los poetas irlandeses enriquecieron el incomparable patrimonio lírico de la literatura inglesa. Blake, Davies, Synge, A. E. Yeats, políticos como O'Connell y Parnell, realizaron el milagro y experimentaron la tragedia de reforzar y dar vigor al alma irlandesa sirviéndose de la lengua enemiga. Lucha estupeficiente en la que todo poema que demostraba al mundo la persistencia de los ideales célticos, era al propio tiempo una confirmación del completo desarme, hasta lingüístico, y una nueva perla en la corona enemiga. Para apreciar el horror de esta tragedia, sería preciso figurarse el Resurgimiento italiano impugnado por un Mazzini que hubiera escrito en alemán, y cantado por un Mameli en versos croatas.

Fué aquélla una lucha de siglos, que asumió a cada paso diversos caracteres; fué una guerra religiosa, una lucha social, un combate parlamentario, una polémica literaria, pero siempre y exclusivamente una afirmación de nacionalidad. Batalla que comprometió a los mismos irlandeses entre sí, los que aún pelean guiados por diversos conceptos de la libertad: lucha que no excluía ni la actitud de los rebeldes que no vacilaban en buscar el apoyo de los más mortales enemigos de Inglaterra, de los franceses en 1798, de los alemanes en la trágica Pascua de 1916, todo esto, mientras muchos regimientos irlandeses derramaban su sangre en el frente; lucha en la que el indomable «humour» irlandés no se recató de burlarse del enemigo y aun de los mismos martirios que ayer no más había llorado y que había de glorificar al día siguiente: peculiarida-

dades características de la psicología irlandesa, que aún se revelan en las típicas obras de O'Casey.

El espíritu de la raza irlandesa que lo mismo en política que en religión no había nunca dejado de tener conciencia plena de sí mismo, se había oscurecido con los siglos lentamente. Y no es que fuese escasa la producción literaria irlandesa; gran parte de las más grandes obras de la literatura inglesa nacieron al otro lado del Canal de San Jorge: bastaría citar los nombres de Swift y de Sterne, de Congreve y de Sheridan; pero estos hombres ilustres, aun cuando fueran irlandeses por su temperamento fogoso, la prepotencia de su sátira, y algunos de ellos también por su intransigente idealismo, lo fueron casi sin saberlo, embebidos como estaban en la cultura inglesa.

Sólo por el año 1842, durante el «Decenio Negro» en el que quedó reducida a la mitad la población irlandesa por el hambre, las epidemias y la emigración a la desesperada, fundaron unos pocos el diario *La Nación*, en cuya escuela aprendió la generación incipiente de literatos a reconocer en sí misma los rasgos de la patria, sumida en profunda catalepsia.

Poco después, Standish O'Grady, original y enérgica figura de luchador, publicó su libro sobre las leyendas celtas, en el que daba alimento nacional y motivos de orgullo a la nueva literatura; y Douglas Hyde fundó aquella sociedad pro lengua gaélica, que salía airoso en su intento de galvanizar la antigua lengua irlandesa que lentamente se iba extinguiendo. Batallones de profesores y de estudiantes acudían a las remotas islas de la costa occidental para recoger piadosamente de labios de los pescadores la castiza pronunciación gaélica y las frases más expresivas: conmovedor peregrinaje para regresar luego a la tierra y al mar de sus abuelos y no dejar que desapareciese el último y más precioso distintivo de la estirpe. Y se salvó la lengua: hoy es obligatoria su enseñanza en las escuelas primarias y secundarias. Al paso que hace cincuenta años, este idioma tan rico y tan noble era despreciado y ridiculizado por los mismos irlandeses cultos, hoy es signo de cultura conocerlo y utilizarlo. Al lado de un esfuerzo tan tenaz y gigantesco, bien

poca cosa parece la ironía inglesa, que hace notar cómo en el Estado Libre de Irlanda las órdenes de pago de las contribuciones continúan haciéndose en inglés, lengua que indudablemente aun hoy día es la más vulgar y conocida en Irlanda.

* * *

Una figura de primer orden en los últimos decenios de la lucha es sin duda la de W. B. Yeats; tenaz batallador justamente recompensado con la victoria. Mas se equivocaría quien creyese encontrar en sus obras frecuentes incitaciones a la rebelión o explícitas polémicas nacionales. Yeats no pertenece a la familia de los Körner o de los Mameli. En una época en que se dudaba hasta de la existencia del espíritu celta, se propuso él encarnar este espíritu en la forma más completa, ser su voz más apasionada; él resucitó a la cálida vida del arte las tradiciones irlandesas en aquellos días en que eran casi en absoluto ignoradas o solamente conocidas de algunos pocos eruditos; él puso en la cabeza de su propia raza, entonces ridiculizada, la corona purísima de su propia gloria de artista. Claro que no se abstuvo de tomar parte directa en la lucha, y prueba de ello son algunos de sus poemas en memoria de algunas de las víctimas de la triste revuelta de Pascua en 1916; pero éstas son ligeras excepciones. Yeats no incitó a la rebelión ni cantó las barricadas, pero estableció de tal modo la línea divisoria entre su pueblo y los otros, señaló tan magistralmente sus características diferenciales que, realizada su obra, bastaron pocos meses para conseguir lo que desde hacía siglos pudiera parecer una utopía.

Yeats refirió en una corta obra suya, *Fantaseando en la infancia y la juventud*, la evolución de su espíritu: nacido en Londres de padre de larga descendencia irlandesa y de madre inglesa, educado en el culto protestante, iba el niño a pasar sus vacaciones a la casa de sus abuelos, allá en el Condado de Sligo, en aquellas tierras perpetuamente azotadas por el mar y por el terrible Ulster anglo-sajón tan contiguo; una de esas re-

giones fronterizas en que las razas, las religiones, las civilizaciones opuestas se enfrentan con más obstinación y vivacidad. Allí, entre los acantilados, los bosques y los lagos (aquel lago de Innisfree que debía después cantar con versos de melodía insuperable), hirió el cerebro y el corazón del hijo que retornaba a su hogar el encanto encerrado en cada ángulo de la isla verdegueante. El singular atractivo del ambiente celta, tan sutilmente analizado ya por Renan, los abuelos, vigorosos tipos que resumían las características todas de la raza, todo influyó poderosamente y para siempre en aquella joven inteligencia.

Más tarde, durante la época de sus estudios en Dublin, comprendió cuán insuficiente era la propaganda de la actual generación de literatos, propaganda de acción directa que sólo servía para excitar vagos elementos anárquicos que fácilmente se desarrollan en la excitabilidad irlandesa, mientras bajo el velo de los apóstrofes resonantes agonizaba lentamente el alma de la raza. Antes de poner un fusil en las manos de los irlandeses, era necesario demostrar que éstos existían, que tenían subsistencia propia.

Y en compañía de un puñado de entusiastas fundaba lo que fué más tarde el *Abbey Theatre*, donde Lady Gregory, Synge y él mismo representaban ante el pueblo los antiguos mitos o el rostro doloroso de la moderna Irlanda; y poco después publicaba Yeats su primer colección de poesías líricas. Este volumen y los que le siguen constituyen, a no dudarlo, la parte más exquisita de su obra.

En aquellos años, los últimos del siglo pasado, la poesía de la lengua inglesa vivaqueaba modestamente calentándose en las últimas cenizas de la espléndida hoguera que había iluminado la mitad del reino victoriano. Tennyson y Swinburne, vivos todavía, se perdían en tristes imitaciones de la vigorosa poesía de otrora, la poesía de su edad madura. Hardy era ya el gran incomprendido como lo ha sido después, faltándole aquella infinitésima partícula de penetración, que habría sido suficiente para hacer irradiar las dotes infinitas de su espíritu. Meredith, Wilde y Kipling, excelentes artistas, cada uno a su manera, pa-

recían perseguidos por un hechizo extraño, que hacía prosaica la poesía de prosadores tan poéticos.

Cuando he aquí que de entre las turbas hostiles de Dublin, este joven esmirriado y macilento, a quien los chiquillos apodaban «el rey Muerte», da a la luz una poesía que se incorpora directamente a la fuente inextinguible de la lírica isabelina. Como en sus recuerdos Yeats rememora apenas el culto de los poetas del siglo de oro de la literatura inglesa y se declara más bien discípulo devoto de los simbolistas franceses, parece evidente que sus grandes predecesores han de encontrarse ciertamente entre aquel ilustre grupo que transformó la adolescente Inglaterra de Isabel en un «nido de ruiseñores melódicos». Aunque en realidad, descendencia verdaderamente tal no la hay, aunque sí hay el mismo amor intenso por las humildes manifestaciones de la vida, la fruición en los temas populares trasfigurados a la luz de un elevado temperamento artístico; y junto con el amor a la vida, una irremediable nostalgia del pasado, de toda la belleza marchitada, que es ya hoy solamente elocuente ceniza; toda la vida y todo el fuego interior que comunica brillo de esmalte a los versos de los sonetos shakespearianos, los poemas oscuros y audaces de John Donne y aquella elegía de Nash, algunos de cuyos versos podrían muy bien ponerse como epígrafe a la obra entera de Yeats.

Sería completamente inútil negar la influencia simbolística que se revela en la lírica yeatsiana. Pero esta influencia es exclusivamente técnica; y en realidad las innovaciones de los poetas franceses, desde Villiers de l'Isle Adam hasta Mallarmé, fueron tantas y algunas tan felices, que sería difícil encontrar, después de ellas, un poeta que no las haya aprovechado.

Pero el espíritu de la poesía de Yeats, tan apegado a la tierra, se me antoja enteramente diverso del de la elegante y hermética escuela simbolista. Verdad es que algunos dramas del poeta irlandés recuerdan por el sentido de misterio y la angustia penetrante, los terrores de los personajes de Maeterlinck; pero lo que en éste es literatura intencionada, es en Yeats el producto natural de la tierra natal, que ha sido en todo tiempo

grande evocadora de fantasmas; la tierra irlandesa en la que se preparó el filtro de Isolda, la tierra en que la niebla cubre uno por uno los cuadros del paisaje dándoles el aspecto de mágicas apariciones, la tierra que es madre legítima de inquietudes imprecisas, que no hallarían sitio en las ordenadas y dilatadas llanuras flamencas. El mismo Maeterlinck, para mejor dar ambiente a sus héroes tremebundos, los rodea de paisajes y les asigna nombres vagamente célticos.

Los poemas pletóricos de ardor y de tinieblas que cantan la rosa, la mística rosa, antiquísimo símbolo céltico en el alma humana, que se colorea a veces con todo aquello que esta misma alma desea, y que representa lo mismo a Irlanda que a la belleza o a la mujer amada; aquellos poemas en que se evocan las leyendas de la raza, cuyo aroma se delata, cuya profundidad se revela; aquellos innumerables poemas de amor en los que desfila la triste figura de una mujer de la que el poeta habla con fervorosa humildad y que aparece unas veces como divinidad inaccesible y otras «riente y ardiente como una nube del ocaso», evocadora siempre de toda la belleza del universo, de todo el desvanecido encanto del pasado; el rudo conflicto en el alma del poeta entre su amor por la vida y el desprecio por la vida misma si se la compara con el ideal soñado, todo esto convierte el pequeño volumen en que pueden incluirse todas las poesías líricas, en un tesoro inagotable de belleza.

Rara vez en un principio se había construido el verso inglés con más acabada maestría; hay versos de tal modo acariciadores de nuestro ensueño interior, que quedan esculpidos en nuestra alma desde la primera lectura; versos que reconocemos como la expresión más perfecta de nuestro vano sentir. Se ha llevado hasta el límite la indagación técnica, no se ve allí nada incidental, nada superfluo; el verso se mueve con el abandono del movimiento perfecto; en la poesía *El hombre que soñó el país de las Hadas*, simples nombres de lugares irlandeses, engastados en un verso perfecto, bastan para evocar, con el sonido solamente, el paisaje fatídico; hay poesías cuya austeridad y fuerza se deriva de los grandes líricos teólogos del siglo XVI

que encuentran, merced al ardor y a la gracia celta infundida en ellas, una resonancia en el alma que difícilmente podría olvidar un lector fervoroso.

Se realiza en verdad muchas veces la aspiración de uno de los personajes de las novelas de Yeats, del viejo Aherne que deseaba «un mundo compuesto solamente de esenciales»; en muchas de esas cortas poesías líricas se suceden las imágenes puras y diáfanas, sin sacudidas, como las gotas de un cirio purísimo que se va consumiendo con la llama.

Pero el hablar indignamente de cosas tan púdicamente bellas es ya profanarlas. Los que sepan inglés, vayan sin demora a leerlas en la hermosa edición de Mac Millan; y si conocen al mismo tiempo las más altas cumbres de la poesía, tendrán la agradable sorpresa y el placer de descubrir que existe todavía un poeta lírico que en nada desmerece de los más grandes de la historia.

* * *

Cosa más fácil es hablar de los dramas y de la prosa de Yeats.

La unidad de su obra es completa; en toda ella se ve la idea de la lucha perpetua entre el orden natural y el espiritual, la investigación apasionada de este orden superior a través de la misma naturaleza y toda su más sencilla apariencia; la desconfianza en la orgullosa sabiduría humana, la aspiración al prodigioso mundo del pasado en la que tal vez era menos densa la muralla entre la materia y el espíritu. Pero en los dramas aparecen estas ideas más netas y de más inmediata comprensión.

En su primer drama en verso llevó Yeats a la escena la antigua leyenda irlandesa de la condesa Catalina, que vendió al demonio su alma purísima para salvar a su pueblo de la miseria. Figuras delineadas como aquellas de los vitrales de la catedral, enteramente formadas de luces y colores, que dicen maravillosamente con el arabesco de los versos. El escándalo

que promovió el drama fué tremendo: las hambres medioevales en Irlanda no son solamente recuerdos históricos; y la venta de las almas para salvar los cuerpos tuvo que despertar recuerdos de transacciones fáciles; por esta razón el que más gritó fué precisamente el partido nacionalista católico. Pero era tan grande la poesía del misterio, que la obra concluyó por triunfar; obra profunda rimada con el llanto de las turbas famélicas y la codicia de los demonios-comerciantes, iluminada por la luz angelical de la protagonista, «el gran lirio blanco del mundo».

No fué vano el sacrificio de la heroína: el pueblo se salvó y Dios deshizo el comercio infame del Maligno, y el alma blanquísima de Catalina fué acogida por María en los umbrales del cielo. Pero el dolor continúa haciendo estragos en el mundo y el drama concluye con aquellos versos que recuerdan un relieve de Santa María de la Flor:

Los años, enormes bueyes negros, huellan el mundo
Y Dios, el pastor, los aviva y aguijonea
Y yo estoy destrozado por sus cascos que pasan.

Es un crimen que en Italia, donde por todas partes se busca un teatro poético, nadie haya pensado en representar este drama del que existe hace tiempo una traducción de Carlos Linati, siendo que la idea parece que sedujo últimamente la mente de Eleonora Duse.

De inspiración más explícitamente patriótica es el otro drama que lleva casi el mismo título (*Catalina O'Hoolihan*), por cuyo motivo se les confunde a veces en la prensa. Catalina O'Hoolihan es el símbolo conmovedor de la Irlanda que con insistencia pide una y otra vez a sus hijos desalentos que paguen la deuda que con ella tienen contraída; deuda tan inmensa que no es posible pagar sino dedicándole toda la vida.

En el poema dramático *El país que desea el corazón* se manifiesta la tendencia, tan viva en Yeats, de escapar del mundo real para refugiarse en el ansiado ámbito del ensueño; y se puede hallar también en este poema ese amor indomable del

espíritu céltico para con los antiguos dioses y genios del bosque, entidades en las que por primera vez supo la raza expresar su propia fisonomía: la joven esposa deja la noche del primero de Mayo su marido y su hogar, el hogar protegido por el Cristo, para incorporarse al coro de *ellos* que danzan a la luz de la luna y huir allá, a donde «nadie se convierte en viejo santurrón y grave, donde se ignora lo que es la vejez y la amargura, donde solamente se es fiel a las luces lejanas y a las canciones melodiosas». Aquí se manifiesta violentamente el sentido pagano que en todos los países celtas se mezcla de manera tan extraña a una intensa religiosidad cristiana.

Y en otro drama aún, *Las aguas de la sombra*, los dos amantes que se quedan solos en la roca sacudida por las olas expresan en versos de belleza incomparable la misma idea de alejamiento de las convenciones sociales para vivir una vida de regocijo en las peligrosas e intensas regiones del ensueño.

Después de este último drama, Yeats se resolvió a tratar el más sublime mito irlandés, el de *Deirdre la Dolorosa*, que debería más tarde inspirar también a Synge una obra maestra de dolor reprimido, obra que el dramaturgo insigne había de terminar en el lecho de la muerte.

También Yeats escribió con este tema un drama que, posiblemente, es desde el punto de vista poético el más excelente de todos.

La tragedia de los dos amantes que aspiran a una unión perfecta que sólo podrán conseguir con la muerte, es tratada por Yeats con un fervor lírico insuperable; y después de la catástrofe el alternado canto de los bardos que celebran el triunfo de las almas para siempre unidas ya, «como águilas que se hubieran refugiado en su lecho de nubes», es uno de los trozos poéticos más sencillos y más grandiosos a la vez del insigne poeta.

¡Pero los mitos son una fuente inagotable de inspiración! En *La Puerta del Rey* el poeta Seanchan, humillado por su soberano, decide dejarse morir de hambre para afirmar los derechos del poeta, legislador y árbitro de la sociedad. Ni en la

Defensa de la Poesía de Shelley se encuentran tan elocuentes y orgullosas expresiones del carácter sagrado del arte. Y a propósito del singular género de muerte escogido por el bardo, debemos decir que eso de la muerte voluntaria por hambre es una antiquísima forma de protesta usada en Irlanda desde tiempo inmemorial. El célebre alcalde de Cork y demás que emplearon análoga forma de suicidio y de presión moral al mismo tiempo, tienen remolisimos precursores en sus tradiciones nacionalistas.

En otro drama todavía, no tan resonante y altivo como *La Puerta del Rey*, pero drama amargo, pesimista, se evoca la leyenda de Cutulain, el Ajax irlandés, el orgulloso rey que sólo pudo ser vencido por el mar. Toda la grandiosa historia de heroísmo y de locura está relatada en el drama de Yeats por dos mendigos, que en el trágico trastorno han visto sólo una buena ocasión para saquear las tahonas abandonadas: el poeta vuelve a tratar el tema tan frecuente de la multitud que pasa a diario delante de los héroes sin reconocerlos.

Podríamos aún hablar de los más recientes dramas del poeta, de *Comedias para danzantes* y de *Reina*, en los que el autor ha introducido notables innovaciones escénicas para huir del aborrecido realismo. Pero el contenido esotérico de estas últimas obras, que sobrepuja casi su formal esplendor, las asemeja a las obras místicas, de las que sería extemporáneo tratar aquí.

Por lo demás, no todas las obras en prosa de Yeats son obras teóricas. Casi podríamos decir que no lo es ninguna, porque en todas partes el pensamiento se presenta transformado en imágenes que, si no siempre son útiles para aclarar el significado del texto, son desde luego vehículos de belleza espiritual: en la *Rosa Alquímica*, por ejemplo, y en el *Miguel Robartes*, que son ciertamente páginas de las más difíciles de especulación esotérica, se encuentran fragmentos que por su representación y musicalidad en nada desdican de las mejores poesías líricas. Pero no es ahora del caso hablar de la visión del mundo de Yeats, de sus convicciones filosóficas, y religiosas, de su maravillosa arte poética, a pesar del encanto que fluye de tales

materias y de la personalidad singularísima que a través de todo ello se revela.

Sin embargo, en las breves historias que forman el *Libro de la Rosa* y *Haurahan el Rojo*, el artista ha logrado sobrepujar al pensador. Son casi todas leyendas de los tiempos heroicos de Irlanda; todas de una desconsoladora melancolía, en las que se presencia el naufragio de quien trata de establecer un orden espiritual en contraposición al caos materialista del mundo; y se sentiría uno tentado de dudar de la utilidad del esfuerzo de los diversos héroes, si no se supiera positivamente que hay ciertas derrotas que dan mayor gloria que muchos triunfos efímeros.

Bajo la poderosa guía de W. B. Yeats, iluminada con la gloria de Synge, con artistas como Jorge Russell y James Joyce; con un dramaturgo tan original como Sean O'Casey y pintores tan ilustres como Orpen y Lavery, conquistan la literatura y las artes de la nueva Irlanda un puesto digno de las tradiciones de un pueblo que en todas las horas trágicas de su historia tuvo siempre un poeta para mostrarle la estrella infalible.

GIUSEPPE TOMASI DI PALMA.

(Trad. de Ramón Mondría).